



CHRISTINA E. CRAWFORD

Spatial Revolution. Architecture and Planning in the Early Soviet Union

Cornell University Press, Ithaca Nueva York, 2022, 385 pp. Tapa dura. 35,00 US\$

Idioma: inglés

ISBN: 978-1-5017-5919-2

GINÉS GARRIDO

Universidad Politécnica de Madrid

gines.garrido@upm.es

What is a Socialist Space?

La Revolución Bolchevique desencadenó muy pronto un gran número de “proyectos urbanos visionarios aún vigentes” y que se siguen estudiando “hoy en las escuelas de arquitectura como ejemplos de innovación espacial y social”. Pero todavía no los conocemos bien. Aunque se han publicado muchos estudios y algunos de estos proyectos se han mencionado centenares de veces, sin embargo, con frecuencia, estos trabajos no emplean las fuentes primarias —que exigen bastante paciencia y determinación— y reproducen clichés que se montan en la ‘cadena’ de unas publicaciones sobre otras. Además, para dibujar el mapa de las circunstancias en las que se desarrolló cada proyecto, es necesario un ‘entrenamiento de larga distancia’ previo. Y es este ‘entrenamiento’ el que permite entender las condiciones económicas, políticas y sociales que hicieron posible cada proyecto, descubrir sus razones y poder extraer algunas conclusiones críticas. Esta tarea requiere cierta disciplina, tiempo y un pensamiento libre de prejuicios. Este es el caso de *Spatial Revolution*, el primer libro publicado por Christina Crawford.

Crawford que conoce bien la cultura y el idioma ruso desde muy joven, ha dedicado más de diez años de investigación rigurosa y de búsqueda exhaustiva de documentación en numerosos archivos para cartografiar los

‘meandros’ del diseño urbano de los primeros años de la Unión Soviética. *Spatial Revolution* desvela las contradicciones, los fracasos y la audacia de los responsables de la tarea titánica de transformar Rusia en un país ‘moderno’ e industrial en unos pocos años, empleando, al mismo tiempo, tipos arquitectónicos y morfologías urbanas inéditas. Es decir, ‘correr y a la vez, atarse los cordones’. Crawford describe bien las exigencias que imponía la *novyi byt* —la nueva ‘vida socialista’— a la ciudad que debía alojar el ‘espacio socialista’ y las enormes dificultades reales —organizativas, constructivas y económicas— de su materialización concreta; y sitúa estos proyectos en su contexto de modo que ahora es posible entenderlos de verdad, valorar sus aportaciones y revisar críticamente sus consecuencias.

El texto se concentra en el estudio de tres proyectos paradigmáticos —hoy situados en tres países distintos—, Bakú en Azerbaiyán, Magnitogorsk en Rusia, y Járkov en Ucrania, que se muestran en orden cronológico. El primero, en Bakú, que ya en los años 20’ era una potencia petrolera estratégica para la URSS, es fruto de casi una década de trabajo, entre 1920 y 1927, de Alexander Ivanitski, un arquitecto culto, bien informado y viajado. Ivanitski diseñó el plan general de la ciudad con una visión territorial nueva; una constelación formada por cinco ‘ciudades-jardín’ empleando las experiencias de Raymond Unwin que, además, incluyeron el desarrollo de un conjunto de tipos de viviendas estandarizadas y prefabricadas; y el barrio de Armenikend, donde se empleó por primera vez el modelo residencial del ‘super-bloque’, que después simplificado, se extendería por la URSS y otros países de su órbita, sobre todo a partir de los años 60, produciendo ciudades repetitivas y tejidos urbanos muy áspers.

En Magnitogorsk, al este de los Urales, mientras se construía el gigantesco *Magnitogorski Metallurgicheski Kombinat*, se convocó en 1929 el concurso del diseño de la ciudad, que después de algunas derivas y especulaciones teóricas sobre lo que debía ser la ‘ciudad socialista’ y de proyectos desarrollados en diferentes procesos y por distintos autores, solo llegó a construirse un pequeño fragmento de la propuesta de Ernst May que aún existe muy abandonado. Sin embargo, el concurso produjo un universo de proyectos de una fortaleza aun sin explorar del todo, que contenían reflexiones sobre escalas territoriales tan grandes como las llanuras rusas y, en el extremo contrario, sobre sistemas de prefabricación de vivienda; sobre la disolución y dispersión de la ‘urbanidad’ que niega de la centralidad urbana ‘producto del capitalismo’; o la confianza en las tecnologías de movilidad para construir nuevos patrones de asentamiento.

Spatial Revolution contiene numerosos documentos originales, entre ellos se encuentran, traducidas directamente del ruso por su autora, las reglas del concurso de Magnitogorsk, descubriendo la enorme ambición y la claridad de su planteamiento. Especificaban los dibujos que debían entregar los concursantes, cuyas escalas iban desde 1:5.000 a 1:100; y definían, además, entre otros datos precisos, el número de habitantes de cada una de las fases de construcción, las ratios

de las superficies ocupadas por los distintos usos urbanos, el programa concreto de los equipamientos públicos y el régimen de vida propuesto para sus habitantes. “La ciudad se planifica sobre la base de una socialización completa de la vida cultural, educativa y cotidiana de todos los trabajadores”.

El tercer proyecto se encuentra en Járkov, entonces la capital de Ucrania, donde Pavel Aleshin construyó entre 1930 y 1932 la “Nueva Járkov”, la ciudad industrial de la *Jarkivski Traktorni Zavod* —diseñada por Albert Kahn y que el año pasado quedó completamente destruida por la guerra—. Aleshin aplicó los planteamientos de Miliutin sobre la ciudad lineal y los de Sabsovich sobre la *obobshchestvlenie byta* y la *sotsgorod* —respectivamente, ‘la socialización de la vida diaria’ y “el asentamiento socialista transaccional, con tres sectores programáticos, el productivo, el residencial y el socio cultural, que juntos debían soportar la *novyi byt*”—. Y empleó por primera vez sistemas de estandarización extrema de todos los elementos del ‘super-bloque’, en este caso, bien equipado y con una escala moderada.

El libro muestra como el desarrollo de estos proyectos fue, por un lado, consecuencia del conocimiento práctico, del trabajo de ensayo y error, que dio lugar a muchas frustraciones; y por otro, de la ambición experimental y de la búsqueda de los espacios y los ‘lugares’ que debían corresponderse con el nuevo orden social —por definir y hacer posible— que implicaba decisiones de orden doméstico y también territorial. Este proceso de diseño empleaba, y al tiempo negaba, los sistemas tecnológicos y los modelos urbanos ‘capitalistas’, además de las innovaciones socialistas. Sin embargo, la presencia de ingenieros y arquitectos, sobre todo, alemanes y norteamericanos y la aceptación de los métodos tanto ‘fordistas’ como socialdemócratas que emplearon, demuestran la inteligencia y el pragmatismo de los técnicos soviéticos.

Los arquitectos tenían entonces cierta relevancia y bastante libertad, y la administración soviética esperaba de ellos proyectos innovadores y estaba dispuesta a aceptar el riesgo de los experimentos; que no estaban dirigidos solo a la construcción formal e ideológica de la *novyi byt*, ya que también proponían importantes mejoras en el bienestar general, para la vida, de los ciudadanos. Pero esta condición experimental, que también ha emergido en otras ocasiones a lo largo del siglo pasado, generalmente vinculada a cambios sociales y políticos radicales o a momentos de inflexión en la historia, está en retroceso. La ciudad se ha hecho más conservadora y nos encontramos, en general, con muchas dificultades para proponer nuevas estrategias urbanas, que rara vez se ponen en marcha. Pero me parece que las necesitamos con urgencia, cuando se nos presentan transformaciones tan profundas de la ‘vida urbana’ como la emergencia del universo digital, los efectos de la crisis climática o la escasez creciente de alojamiento digno para todos. Quizá este nuevo escenario en el que estamos debe desencadenar otra ‘revolución espacial’.

https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.2023219778